HISTORIA MEDIEVAL DE LA ESPAÑA CRISTIANA

PAULINO IRADIEL • SALUSTIANO MORETA • ESTEBAN SARASA

TERCERA EDICIÓN

CÁTEDRA
HISTORIA MAYOR

1.ª edición, 1989
2.ª edición, 2009

HISTORIA MEDIEVAL DE LA ESPAÑA CRISTIANA

PAULINO IRADIEL, SALUSTIANO MORETA, ESTEBAN SARASA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© PAULINO IRADIEL, SALUSTIANO MORETA, ESTEBAN SARASA
Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 1989, 2009
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M-10.405-2009
ISBN: 978-84-376-2556-0
Printed in Spain
Impreso en Huertas I. G., S. A.
Fuenlabrada (Madrid)

INTRODUCCIÓN

Algunos autores han considerado a España medieval como un período de transición entre la antigüedad y la modernidad, pero nosotros pensamos que se trata de un período de gran vitalidad y creatividad. En esta obra se pretende dar una visión global de la historia de España medieval y de su evolución durante los siglos V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX y XX. Se trata de una obra que pretende ser una introducción a la historia medieval de España, que sirva de base para el estudio de la historia medieval de España y de su evolución durante los siglos V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX y XX. Se trata de una obra que pretende ser una introducción a la historia medieval de España, que sirva de base para el estudio de la historia medieval de España y de su evolución durante los siglos V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX y XX.

La historia medieval de España es una historia de gran vitalidad y creatividad. En esta obra se pretende dar una visión global de la historia de España medieval y de su evolución durante los siglos V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX y XX. Se trata de una obra que pretende ser una introducción a la historia medieval de España, que sirva de base para el estudio de la historia medieval de España y de su evolución durante los siglos V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX y XX.

La historia medieval de España es una historia de gran vitalidad y creatividad. En esta obra se pretende dar una visión global de la historia de España medieval y de su evolución durante los siglos V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX y XX. Se trata de una obra que pretende ser una introducción a la historia medieval de España, que sirva de base para el estudio de la historia medieval de España y de su evolución durante los siglos V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX y XX.

Parece pertinente denominar y calificar a la primera fase como de *formación* del reino astur-leonés, enmarcándola simbólica y significativamente entre los años 718 y 1037, fechas correspondientes al supuesto comienzo del reinado del primer monarca astur y a la sustitución del leonés Vermudo III por Fernando I de Castilla. La misma se inicia con la conquista fácil y rápida de España por los musulimes y el nacimiento correspondiente de los primeros resistentes al poder islámico organizados en torno a la peculiar monarquía astur, cuyo origen «local» o «progodo» es objeto del correspondiente análisis. Periodo de suma complejidad en todo lo que se refiere a la evolución política, a la creación y ocupación del solar del reino, a la organización del poblamiento, al origen y características de los pobladores y de las primeras colonizaciones y a los artífices del nuevo reino, a consecuencia de la naturaleza no siempre clara de los mismos fenómenos y de las fuentes históricas. Si al comienzo, la iniciativa y el protagonismo correspondió a los reyes astures y leoneses, al finalizar el periodo la independencia y el predominio de Castilla eran ya un hecho.

En la susodicha fase de formación, la sociedad del reino asturleonés fue eminentemente rural y no existió ningún centro de población que en puridad pueda merecer el calificativo de urbano. Se producen, eso sí, algunas emergencias preurbanas en un momento en el que los intercambios tuvieron un alcance bastante reducido y una manifestación irregular dado que apenas circulaba el dinero y que los reyes asturleonés no acuñaron moneda. Tanto la naciente organización político-administrativa, rudimentaria y arcaica, en la que se confunden gobierno y administración de justicia, como la hacienda del reino y el ejército muestran indicios evidentes de feudalización al igual que la sociedad en su conjunto la cual experimenta una tendencia paulatina a la constitución y conformación de estructuras y relaciones sociales de tipo feudal.

A lo largo de este periodo de formación se crea y afirma una Iglesia «nacional» y prolifera una numerosa y compleja sociedad monástica. Milenarismo, profecía, providencialismo y culto a Santiago desempeñan una función decisiva en el proceso de consolidación del Reino y de la Iglesia asturleonés.

De mucha menor duración, la segunda fase puede considerarse como de *expansión* y transcurre a lo largo del siglo xi. Se caracteriza por una notable y rápida ampliación de las fronteras del, unas veces unificado y otras separado, reino castellano-leonés, las cuales se sitúan por el Sur en el Tajo y se consolidan y redefinen por el Este; por una inversión de la relación de fuerzas entre musulmanes y cristianos que posibilita a los últimos pasar de una situación defensiva a otra netamente ofensiva y de conquista; por la ocupación de centros urbanos y de tierras con importantes efectivos demográficos; por un fortalecimiento, en definitiva, del conjunto de las bases materiales perceptible en una notable subida del nivel de población, en una extensión y reestructuración del espacio agro-ganadero, en un despegue y desarrollo de los núcleos urbanos en el interior y en la frontera y en un aumento de las mercancías y del numerario circulantes. El botín obtenido en la guerra contra el musulmán y las parias pagadas por los taifas fueron dos auténticos filones para los hispanocristianos. Por lo que se refiere a la evolución social, puede hablarse con todo rigor de un mundo feudalizado en el que una nobleza territorial que disfruta de generosas inmunidades se ha consolidado en la cúspide de la jerarquía social y ejerce y rentabiliza su control sobre los restantes grupos sociales, en

particular sobre los campesinos quienes continuaban formando la mayoría de la población. Ciertas novedades y prácticas políticas del siglo xi indican la existencia de una concepción y una vertebración feudales del Poder y la atomización jurídica se convirtió en fuente de privilegios. Semejante feudalización no se produjo sin tensiones ni conflictos sociales fundamentales cuyo alcance y naturaleza indican las auténticas contradicciones de esta formación feudal en expansión. De este periodo cabe finalmente indicar que es el siglo de la apertura al Occidente europeo mediante la puesta en marcha de la reforma eclesiástica gregoriana, la cluninización de la Iglesia que desde Cataluña se extendió por Navarra, Aragón y Castilla-León y por la equiparación de la peregrinación a Santiago a las otras grandes peregrinaciones que hizo de la ruta jacobea un camino europeo.

Abarca la tercera fase desde comienzos del siglo xii hasta la segunda mitad del siglo xiii. Se trata de un periodo de *consolidación*. Pese a que inicialmente la formación castellano-leonesa tiene que enfrentarse a los grandes problemas derivados de las nuevas invasiones de africanos —almorávides y almohades—, las cuales bloquearon temporalmente la expansión cristiana hacia el sur, el avance de castellanos y leoneses hacia Andalucía terminó por ser imparable de tal modo que a la muerte de Fernando III en 1252 sólo los reinos de Granada y Niebla permanecían bajo poder musulmán. Por otra parte, la crisis y conflictos dinástico-políticos del siglo xi desembocarán en la reunificación política definitiva de Castilla-León en 1230. Respecto a la evolución de las estructuras materiales, el periodo en su conjunto se caracteriza por el fortalecimiento y diversificación de las bases económicas: incorporación y ocupación del amplísimo espacio comprendido entre los valles del Tajo y Guadalquivir con la consiguiente expansión y desarrollo agro-ganaderos; crecimiento urbano sin parangón con épocas anteriores y notable incremento del comercio, de la circulación monetaria y de la producción artesana, pese a que a lo largo del siglo xii se produjeron una larga serie de complejos conflictos sociales —enfrentamientos antiseñoriales de los burgueses, rebeliones campesinas y luchas entre caballeros y ruanos—, los grandes linajes nobles se fortalecen cada vez más, incrementan su patrimonio y ocupan importantes cargos cortesanos, militares, políticos y administrativos. Por debajo de ellos, infanzones, hidalgos y caballeros se sitúan y alzan también sobre las heterogéneas y feudalmente dependientes masas campesinas y sobre los ciudadanos no privilegiados.

En cuanto a los reinos y condados orientales del norte peninsular, estudiados por Esteban Sarasa, la situación de partida fue muy distinta a la de los occidentales. En un primer momento prevaleció la presencia e influencia carolingia que condicionó el surgimiento tardío de las primeras familias dominantes oriundas de la tierra, y aún éstas permanecieron largo tiempo a expensas de los dictados franco-carolingios, acaso como resultado del cambio de estrategia obligado por el fracaso de la expedición del ejército de Carlomagno en el 778.

Además, la inmediatez de un valle medio del Ebro profundamente islamizado y con una permanente tentación de independencia respecto al emirato primero y el califato de Córdoba después, provocó el sistema de alianzas establecido entre algunas familias cristianas del norte que se hicieron con el poder y los gobernadores de la Marca Superior de al-Andalus. Por lo que el retraso en la expansión oriental, frente al temprano avance del reino asturleonés antes del año mil, fue patente dado que los cristianos pirenaicos y litorales mediterráneos de Pamplona, Aragón

o los condados protocatalanes, apenas rebasaron antes del primer milenio la barrera natural de sus fronteras tradicionales, ya que los musulmanes presentaban, en cambio, un sistema de ciudades bien defendidas y de fortalezas bien protegidas inaccesibles para unos núcleos de resistencia orientales que no pasaron de la estrategia de mera defensa: Huesca, Barbastro, Balaguer y Lérida, o Alquézar, Graus y Loarre.

La organización de la vida antes del siglo XI se hizo, pues, por lo general, dentro de unos esquemas de prevailecimiento del sistema gentilicio que aglutinó las fuerzas dominantes en torno a unas cuantas familias, Aristas y Jimenos en Pamplona, la descendencia de Aznar Galíndez en Aragón o los ejecutores del distanciamiento progresivo con respecto a los carolingios en los condados orientales de las estribaciones pirenaicas o del litoral de la antigua Tarraconense. Como resultado, la formación de una sociedad agraria, apenas jerarquizada todavía y con un grado de libertad entre sus componentes muy acusado con respecto a la feudalización del siglo XI y XII, cuando se iniciase la pugna por la acaparación de la renta agraria y del excedente productivo a medida que se fue pasando de la defensa a la acción.

A partir del siglo XI, especialmente desde la primera mitad, el sistema de *parias* y el retroceso del Islam andalusí con la descomposición del poder califal y la desintegración de la unidad musulmana peninsular en múltiples reinos taifas, permitió por un lado interceptar parte de la riqueza móvil que se intercambiaba entre el norte y el sur (la Europa cristiana continental y el Islam del mediodía hispánico), aprovechando la posición estratégica comercial de los reinos y condados pirenaicos y litorales (Pamplona, Aragón-Sobrarbe-Ribagorza, Barcelona-Gerona-Ausona, Urgel-Cerdaña, Rosellón, etc.) Por otro, introdujo moneda de oro en los territorios cristianos orientales, moneda necesitada por éstos para su fortalecimiento económico y proporcionada por los reinos taifas al comprar con ella la libertad frente al hostigamiento del norte, hostigamiento favorecido por una posición ofensiva y prepotente que ofrecían ahora los reinos y condados septentrionales.

Esa riqueza móvil generada por las *parias*, los *peajes aduaneros pirenaicos* y el botín que catalanes y navarro-aragoneses obtuvieron en tierras musulmanas, se invirtió especialmente en fortalezas, ejércitos y en beneficio de los poderosos que se habían organizado ya en una jerarquización profunda de la sociedad en torno a los valores y coerciones que una sociedad guerrera manejaba en su propio beneficio, acaparando la propiedad de la tierra en sus manos y enfrentándose con los campesinos por la dominación de la renta feudal, con el consentimiento de monarcas y condes que tuvieron que ceder incluso en sus prerrogativas de la autoridad al necesitar de la aristocracia para defender públicamente el territorio frente a almorávides y almohades.

Los grandes avances hacia el sur (valle del Ebro, extremadura ibérica y Tortosa) tuvieron lugar durante el siglo XII, después de haber caído en manos cristianas las principales poblaciones de los reinos taifas y del dominio almorávide. Luego de un periodo de andadura común navarro-aragonesa, ambos reinos se habían separado definitivamente a partir de 1134 y Aragón y Cataluña formaron la unidad dinástica, que no territorial, denominada la Corona de Aragón, con Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona y príncipe de Aragón, y Alfonso II, rey de Aragón y

conde de Barcelona. Ella obligó, sin embargo, a plantear nuevas estrategias que separaron por vez primera, ya en el siglo XIII, los intereses más o menos comunes que habían prevailecido anteriormente entre los reinos y condados orientales. Desde la primera mitad del 1200, Navarra quedó aislada respecto a la reconquista y repoblación futura, Aragón contribuyó a las grandes empresas mediterráneas de las conquistas de Mallorca y Valencia, y Cataluña inició la estrategia comercial que la situaría a la cabeza del mundo mediterráneo occidental en colisión con las ciudades repúblicas italianas, sus rivales fundamentales a partir de entonces.

La emergencia de la sociedad civil y su prevalencia no fue, sin embargo, de igual grado en todos los territorios orientales que comprendían ya todo el cuadrante nordeste peninsular, y desde mediados del XIII se acusaría la diferencia estructural de los reinos y condados de la Corona de Aragón, distanciándose entre sí los mismos e iniciando un camino distinto internamente, aun sin perder la unidad dinástica que los mantuvo vinculados a la casa reinante hasta la época de Fernando el Católico. Las contradicciones internas de los aragoneses, el auge mercantil y financiero de los catalanes y la reserva valenciana y mallorquina dentro del ámbito económico mediterráneo favoreció dicho distanciamiento, provocándose la primera crisis político-social con motivo del salto dado hacia Italia por Pedro el Grande con la empresa de Sicilia de finales del 1200. Navarra por su parte, iniciaría también en el XIII un largo periodo de dominio extranjero a partir de la instalación en el trono de la dinastía de Champaña tras la muerte sin sucesión de Sancho el Fuerte.

La segunda mitad del siglo XIII es, por tanto, un momento especialmente importante porque en la práctica se fraguaron las estructuras vigentes hasta el final de la Edad Media, se distanciaron los intereses y colisionaron entre sí los grupos sociales emergentes que iniciaban su andadura buscando ahora la politización de sus aspiraciones. Politización que como hace ver Paulino Iradiel en su análisis de la sociedad castellana y navarra de los dos largos siglos que van de 1252 a 1474, debe reconducir las futuras investigaciones hacia el campo de la sociedad política, a ese grupo restringido de los consejeros influyentes, de los señores del reino y de todos aquellos que participan en el ejercicio del poder político. Porque ahí es donde mejor se encuentran las razones que explican cómo esa sociedad civil tan diversa por sus costumbres, sus instituciones, sus lenguas, sus fueros e intereses divergentes, termina por aceptar el proceso de concentración, la unidad y la indisolubilidad de la soberanía monárquica, aun cuando su Estado conserve la forma de principios del siglo XIV.

CAPÍTULO PRIMERO

Formación del Reino Astur-Leonés (718-1037)

SALUSTIANO MORETA

LA GRAN CONVULSIÓN DE COMIENZOS DEL SIGLO VIII

Con pleno rigor, la fulminante conquista musulmana de la Hispania cristianogoda puede ser calificada de acontecimiento histórico decisivo y determinante en la historia de España. No en vano, el dominio y el poder político del Islam en tierras peninsulares se prolongarían durante un vasto periodo ocho veces secular, del 711 al 1492. A lo largo de esos siglos, el control sobre la Península pasaría, de manera lenta, mas definitiva, a las nuevas formaciones hispanocristianas resultantes de la mezcla de elementos específicamente hispanos con otros netamente islámicos. En la primavera del 711, desde sus bases en Ifrīqiya, a través del Estrecho, los árabes comenzaron la invasión y ocupación de la Península. En sólo ocho años —después de conquistar Cataluña en el 719— árabes y beréberes habían acabado con el reino hispanogodo e impuesto su soberanía sobre la práctica totalidad del solar hispano.

Pese a la importancia de la invasión para conquistadores y conquistados, la cronología, los itinerarios y los pasos de la invasión, los hechos y acontecimientos de la misma, así como los de la centuria y media siguiente, se encuentran entre los peor documentados de toda la historia de España. Prácticamente todos los relatos historiográficos, islámicos o hispanocristianos, llegados hasta nosotros se escribieron, recogiendo diversas tradiciones y leyendas orales, con notable posterioridad a los sucesos narrados. Así, por ejemplo, el *Muqtabis* de Ibn Hayyan, una de las fuentes árabes más antiguas, está escrito en la segunda mitad del siglo xi, y la *Historia de las dinastías islámicas de España* de Al-Maqqari, importante relato sobre al-Andalus omeya, se escribió en torno a 1628-1632. Por su parte, las primeras crónicas cristianas del reino astur datan de finales del siglo ix y comienzos del x. Aunque valiosa, la información que proporciona uno de los escasísimos relatos contemporáneos, el *Anónimo Mozárabe* de 754, es muy escasa y no menciona siquiera la rebelión de los hispanos en la cordillera Cantábrica ni la creación del reino cristianoastur.

Según todos los indicios, parece que la primera penetración musulmana en la Península tuvo lugar a comienzos del reinado de Don Rodrigo, a finales de abril del año 711. Realizada por el mawlà Tāriq, representante de Mūsà, el gobernador del norte de África. Aunque se han dado cifras que oscilan entre los 1.700 y los 12.000 hombres, no es posible conocer con exactitud el número de estos primeros invasores mayoritariamente beréberes. Durante los primeros meses se dedicaron a crear en las proximidades de la actual Algeciras las condiciones que aseguraran el paso posterior de nuevas tropas musulmanas. El encuentro entre las tropas del rey Rodrigo, que en el momento de la invasión se hallaba combatiendo en el norte peninsular a los vascones, y las de Tāriq tuvo lugar en la renombrada batalla de *Wādī-Lakkah* con un resultado bien conocido: derrota aplastante del ejército hispanogodo y hundimiento de la monarquía visigoda. Los historiadores han especulado sobre las circunstancias y el momento de la muerte del monarca godo, así como sobre la localización del *Wādī-Lakkah* de las fuentes musulmanas o el comportamiento de los hijos de Vitiza. Como su nombre no vuelve a mencionarse con posterioridad, se cree que el rey Rodrigo pereció en la batalla mítica que tuvo lugar en Guadalete, según afirmación persistente de la tradición y de C. Sánchez Albornoz; en el pequeño río Barbate, en creencia de Lèvi-Provençal; o en el Guadarranque, según J. Vallvé. No resulta fácil conocer la actitud de los hijos de Vitiza, pese a la afirmación unánime de las fuentes islámicas y la *Crónica de Alfonso III* de que colaboraron con los árabes después de desertar del ejército de Rodrigo.

El resultado de tan fulminante victoria, con la probable muerte del monarca hispanogodo y la aniquilación del *comitatus* y el ejército real, fue determinante para la actuación ulterior de los invasores, quienes inmediatamente emprendieron el control militar de la Península. Basándose en los datos del *Anónimo Mozárabe* del 754, los historiadores actuales subrayan la rapidez y la facilidad con las que el vencedor de *Wādī-Lakkah* ocupó Toledo, capital del reino godo y único lugar donde los reyes eran ungidos legítimamente. En el camino hacia Toledo, por Sevilla, Écija, Jaén, Úbeda y Consuegra, Tāriq apenas encontró resistencia militar. Cuando llegó a la capital visigoda habían huido muchos de sus habitantes, entre ellos uno tan significativo como el arzobispo Sinderedo. Al parecer, incluso antes de apoderarse de Toledo, Tāriq había cambiado sus objetivos iniciales y decidido conquistar la totalidad de la Península para el Califa omeya de Damasco en lugar de reponer a los hijos de Vitiza en el trono. Con posterioridad, y como compensación, concedería a Akila y a sus hermanos unas tres mil fincas del realengo visigodo repartidas por todo el solar hispano. Se cree que, desde Toledo Tāriq emprendió un rápido viaje de reconocimiento por Guadalajara, Buitrago, Clunia, Osma, Amaya, Lancia, León y Astorga, desde donde regresó a Toledo.

Celoso de los éxitos y para vigilar a su representante, según unos, o reclamado por el propio Tāriq para reforzar y proseguir la conquista, según otros, el gobernador de Ifriqiyya, Mūsà, desembarcó en Algeciras en el verano del 712 acompañado de un ejército de unos 18.000 hombres, en su mayoría árabes. Tras unos meses de asedio ocupó Sevilla, capital de la Bética, y, penetrando por la Lusitania, puso sitio a Mérida, que resistió durante dieciséis meses. Después de conseguir la rendición de Mérida se reunió con Tāriq en Toledo (713). Al año siguiente ambos emprendieron

la conquista del valle del Ebro con la toma conjunta de Zaragoza. Desde aquí, Tāriq procedió a la conquista de Huesca, Lérida y Tarragona; Mūsà se encaminó hacia Logroño, Soria, Palencia, León y Astorga, logrando la capitulación de *Lucus-Augustus*, capital de Galesia y de los cristianos del Norte.

Conminados por el Califa Walid, Mūsà y Tāriq tuvieron que regresar a Damasco (714-715). Quedó como gobernador el hijo del primero, 'Abd al Azíz, el cual había logrado la sumisión de la región de Murcia por medio de la firma de un pacto de capitulación amistosa en Orihuela con el conde hispanogodo Teodomiro. Antes de perecer asesinado en Sevilla (716), 'Abd al-Azíz impuso el dominio musulmán sobre el Algarbe y Lisboa. Para entonces era ya una realidad la desaparición de la monarquía hispanogoda, pese a que después de la muerte del rey Rodrigo todavía fuera elegido en Cataluña y Septimania otro nuevo rey godo, Agila II. De este monarca no hay ninguna noticia en el *Anónimo Mozárabe* de 754, aunque dan testimonio de su existencia las monedas por él acuñadas en las cecas de Gerona, Tarragona y Narbona. Pero los días de los restos del Estado visigodo estaban contados. Los gobernadores musulmanes que, nombrados por el califa, se sucedieron al frente de al-Andalus se apoderaron de lo que quedaba del reino hispanogodo en Barcelona y Narbona, y, antes de la derrota de Poitiers (732) e incluso después, impusieron su dominio en gran parte de Provenza y llevaron sus razzias hasta Aquitania. En pocos años había tenido lugar el «perecer de España», según expresión de la más primitiva historiografía hispanocristiana, y comenzaban a ponerse las bases de la nueva administración del Estado musulmán.

UNA CONQUISTA FÁCIL Y RÁPIDA

Lamentándose sobre las «ruinas de España» y sorprendidos ante «tan inoportunos naufragios» —*Anónimo Mozárabe del 754*—, los cronistas hispanocristianos y los poetas del medievo —el *Poema de Fernán González* es un buen ejemplo— atribuyeron la «pérdida de España» a la traición de los hijos de Vitiza, o al castigo de los pecaminosos amores del rey Rodrigo. Fáciles e ideologizadas explicaciones para uno de los acontecimientos más decisivos de la historia de España que metamorfoseadas han sido transmitidas por generaciones de historiadores. Todavía hoy, pese a las numerosas páginas consagradas por Sánchez Albornoz a la reconstrucción de los itinerarios seguidos por los invasores, coincidentes casi siempre con las antiguas vías romanas, y a la descripción y análisis de las campañas militares, son muchos los problemas irresueltos. Con la excepción de una parte de Andalucía, se desconoce prácticamente todo sobre el proceso de conquista de la Península, en especial de las zonas septentrionales y orientales. Mas reconociendo la importancia de las explicaciones bélico-militares, las auténticas razones de la conquista hunden sus raíces en la propia difusión del Islam y de los árabes, en quiénes eran los conquistadores, por un lado; en la situación interna de la Península en el momento de la invasión, por otro; y por último, en la forma de realizarse la substitución del Estado hispanogodo.

Es indudable que la invasión de Hispania fue una etapa más de la tremenda expansión territorial del Islam iniciada a la muerte de Mahoma y que guarda una estrecha relación con la consolidación de la conquista militar del norte de África desde Libia al Atlántico —la *Ifriqiya*, primero, y *al-Magrib*, después. Por eso mismo, y tal

como indican Barbero y Vigil, «resulta irrelevante reducir el problema histórico de la invasión simplemente a hechos anecdóticos como puede ser por parte visigoda el pleito sucesorio, y por parte árabe la existencia de datos que indican ya los proyectos de una conquista». Circunstancias como la presunta solicitud de ayuda exterior por la facción vitizana para combatir a Rodrigo o la acuñación en Tánger de una serie de feluses con motivo expreso de una operación contra el reino goda, aisladas carecen de verdadera significación histórica, la cual se manifiesta al ponerlas en relación con el proceso de expansión del Islam. En el momento mismo de pisar tierra en Algeciras, el liberto Tāriq, cliente de Musà, con la rápida toma de la capital del reino goda, Toledo, se comporta como un verdadero conquistador.

Por otra parte, quienes invadieron Hispania visigoda en 711 no constituían un simple ejército, eran sobre todo los miembros de una amplia y compleja comunidad islámica compuesta por árabes y beréberes. A este respecto es preciso tener en cuenta que entre los tradicionalmente calificados de árabes no existía una unidad racial. Los árabes procedentes de Arabia que durante los primeros años se trasladaron a la Península fueron una reducida minoría complementada con las tribus y clanes procedentes de Mesopotamia y Siria, con los conversos o *muwalladūn* y con los libertos convertidos en miembros del clan y de la tribu de la que antes eran esclavos. Todos ellos en tanto que áraboparlantes y practicantes de una religión originaria de Arabia, se autoconsideraban árabes. En este sentido las tribus beréberes, habitantes de las montañas norteafricanas, mantuvieron una actitud completamente diferente, pues aunque terminaron por aceptar la lengua y la religión, en todo momento ofrecieron una fuerte resistencia a los árabes y siempre fueron reacios a adoptar una identidad árabe. Como ha indicado P. Guichard, «las oposiciones y tensiones internas —normales en tal tipo de sociedad— resultan superadas y orientadas hacia el exterior por la reciente unificación político-religiosa».

En cuanto a la situación de la Península en el momento de la invasión, se caracterizaba por una crisis general de las estructuras del Estado visigodo. Catástrofes naturales, hambres, pestes y calamidades múltiples, cada vez más aceleradas desde la segunda mitad del siglo VII, incidían de manera negativa y profunda sobre los efectivos demográficos. Observa Guichard, que «según las fuentes árabes, estas calamidades naturales habían contribuido incluso a la victoria de los musulmanes». Las depreciaciones monetarias de los últimos decenios, junto a las dificultades del comercio exterior e interior o la decadencia de las ciudades son indicios seguros de la tendencia depresiva de la economía. La misma normativa contra los esclavos fugitivos revela las dificultades y los problemas de una sociedad en vías de feudalización, polarizada entre una aristocracia terrateniente de altos funcionarios públicos, nobles y eclesiásticos —clase minoritaria y dividida—, y una enorme masa de esclavos y colonos sometidos al *patrocinium* de latifundistas y otros *potentes*. El sistema productivo de base latifundista acusaba las dificultades derivadas del proceso de disolución de la esclavitud que había comenzado varios siglos antes y que las disposiciones legales fueron incapaces de contener. En afirmación de E. A. Thompson, los pocos documentos que poseemos indican «una decadencia de la ley y del orden a finales del siglo VII». La división de la sociedad en dos grandes bloques sociales extremadamente desiguales generaba una situación de descontento social —detectada por Barbero a propósito del movimiento priscilianista—, justificativa de la pasividad e incluso la colaboración con los invasores del pueblo en general, y del campesinado en particu-

lar, el cual podía ocupar las tierras abandonadas por los nobles fugitivos o participar en la redistribución de los bienes desamortizados a la Iglesia. Colaboracionista fue también, según lo señalan las crónicas, la minoría judía contra la que los reyes visigodos, después del concilio XVIII de Toledo del año 694 en el reinado de Egica, habían dictado severas medidas como la prohibición de ejercer como comerciantes o la reducción a la esclavitud de todos los judíos bajo la acusación general de traición. A todo lo anterior hay que añadir la situación del ejército hispanogodo en el instante de producirse la invasión. Del mismo habían desaparecido las clases libres no nobles y la mayoría de las tropas eran esclavos de los terratenientes. Cuanto antecede, ha llevado a P. D. King a afirmar que «es difícil pretender negar que el triunfo de los árabes se debió menos a su propia fuerza que a la debilidad de su víctima, y resulta también difícil no ver en la conquista de 711 algo así como un *coup de grâce* para un reino desmoralizado y en vías de desintegración empeñado en su propia destrucción». La crítica situación política de un Estado dirigido por una monarquía extremadamente debilitada, el estado de guerra civil por la posesión del trono, los enfrentamientos entre Rodrigo y los hijos de Vitiza por encabezar una monarquía patrimonial, constituyen el acto final de la crisis. Cualesquiera que fueran los episodios concretos, entre la guerra civil y la conquista musulmana existió una estrecha relación ejemplificada en la colaboración de los vitizanos con los invasores.

Respecto a la sustitución del Estado visigodo por la soberanía musulmana, no se puede afirmar, como observa Chalmeta, «que España fue conquistada, sino que había que hablar más bien de entrega mediante capitulaciones. Aunque se produjeron algunos sometimientos violentos por la fuerza de las armas, la mayor parte de las ciudades, de los funcionarios visigodos, y de los grandes propietarios, pactó con los musulmanes por medio de capitulaciones».

Se conocen al detalle los pactos concertados con la ciudad de Mérida y con el conde Teodomiro. En el primer caso, se permitía a los habitantes de Mérida conservar religión, leyes, magistrados y propiedades. Los invasores solamente confiscaron los bienes de los muertos en el combate, de los huidos y de la Iglesia. A Teodomiro, los musulmanes le respetaron sus propiedades y el gobierno de un territorio que comprendía siete ciudades. A cambio, Teodomiro y sus gentes deberían mantener una actitud amistosa hacia los musulmanes y pagarles un tributo anual. Los pactos fueron fundamentales en el momento del cambio de soberanía y el cumplimiento de sus términos estuvo garantizado por los propios gobernantes hispanogodos.

AL-ANDALUS, UNA SOCIEDAD FRAGMENTADA

Desde la segunda década del siglo VIII, las tierras de la Península bajo dominio islámico fueron designadas con la oscura expresión, de imprecisa etimología, *bilad al Andalus*, el «país de al-Andalus», la cual aparece ya en el dinar bilingüe acuñado en el 716 por al-Hurr. En muchos aspectos, su evolución y los problemas internos, simplemente esbozados a continuación, determinaron el proceso de formación y posterior expansión de los reinos cristianos del norte de la Península, Asturias-León-Castilla y Pamplona-Navarra.

Como ha observado P. Guichard, se tiende a considerar a al-Andalus como un conjunto político coherente capaz de actuar frente al exterior como un todo al modo

del Estado moderno, aunque tal actuación no se produjo con anterioridad a 'Abd al-Rahman III (912-961), fundador del califato omeya de Córdoba. Deriva tal creencia del hecho de que al-Andalus, en tanto que nueva provincia del Imperio musulmán se constituyó con rapidez como *emirato* con capital en Córdoba, sucediéndose los emires dependientes del califa de Damasco con una velocidad sorprendente hasta el 756. A raíz de la rebelión los califas omeyas en Oriente y la creación del nuevo califa 'abbasí en el 750, uno de los omeyas supervivientes, 'Abd al-Rahman I, se proclamó por la fuerza de las armas emir independiente de al-Andalus, fragmentando la unidad del Imperio musulmán. Pero el emirato omeya independiente de Córdoba (756-912) fue también un Estado políticamente dividido: la soberanía de los emires cordobeses sólo se ejerció de hecho, de modo regular y sin obstáculos, en las regiones meridionales, en el valle del Guadalquivir. Durante todo el siglo ix y comienzos del x, muchas regiones de al-Andalus permanecieron prácticamente independientes de Córdoba y pusieron de manera ininterrumpida en entredicho la autoridad de los emires sirios. Tal fue el caso de la Marca superior del Valle del Ebro, la tierra toledana, la región de Valencia y zona levantina, una gran parte del sureste y el valle del Guadiana. El ejemplo más notable es el de los Banū Qāsī, muladíes que controlaron el valle del Ebro durante todo el siglo ix.

En la base de la fragmentación política, de las tensiones y enfrentamientos que se sucedieron durante el gobierno de los emires omeyas, se encuentra la diversidad del mosaico étnico-religioso de al-Andalus, las complejas divisiones raciales, religiosas, sociales y culturales. Entre los conquistadores de la Península, la principal diferenciación étnica, señalada tanto por las crónicas árabigas como por las crónicas cristianas, era la existente entre árabes y beréberes. Los árabes constituían una minoría. Guichard apunta la cifra de 50.000 árabes y eleva hasta dos o tres veces más el número de beréberes llegados a la Península en los primeros años de la invasión. Como ya se dijo a propósito del arabismo de los invasores, los árabes naturales de Arabia se complementaban con otros clanes arabizados procedentes de Mesopotamia y Siria. Cuando estos árabes penetraron en Hispania persistía aún entre ellos la división tribal preislámica y se agrupaban en torno a las dos grandes confederaciones tribales, los *yemeníes*, árabes del sur, y los *qaysíes*, árabes del norte. Las diferencias señaladas se reflejan en el asentamiento en España: los yemeníes se establecieron en el sudoeste de la Península y en la Marca superior, y los qaysíes se repartieron sobre todo por Andalucía oriental. Por lo general, los árabes se asentaron en las ciudades más importantes del sur peninsular. Aunque todavía no se conoce demasiado bien la implantación beréber, parece que los norteafricanos se establecieron principalmente en las zonas fronterizas del valle del Ebro, Toledo y Extremadura, entre los valles medios del Guadiana y de Guadalquivir, en las montañas de la Andalucía occidental y su antepaís. Las zonas situadas entre Toledo y el Mediterráneo, las llanuras levantinas, fueron intensamente berberizadas. Durante algunos pocos años, hasta la rebelión beréber de los años 40 del siglo viii, tribus beréberes se asentaron en el noroeste de la Península, en las estribaciones meridionales de la Cordillera Cantábrica y la Sierra del Guadarrama.

Al parecer, las zonas más intensamente arabizadas no fueron ocupadas por una población beréber importante. La tesis ampliamente extendida de que los árabes se establecieron en las tierras más llanas y fértiles, y los beréberes tuvieron que retirarse a las áreas montañosas y a las áridas tierras meseteñas, debe matizarse en el senti-

do de que no faltaron núcleos beréberes en el valle del Guadalquivir y sus proximidades, y que la llanura levantina fue más berberizada que arabizada. En opinión de Guichard, a cuyo estudio sobre la geografía tribal de al-Andalus y el asentamiento beréber se debe lo aquí expuesto, «sería exagerado sistematizar en exceso la oposición entre montañas berberizadas y zonas bajas arabizadas». No faltan los ejemplos —Mérica, Carmona, Morón, Écija y Osuna—, donde coexistían grupos de beréberes y árabes.

Desde el punto de vista religioso, al-Andalus omeya fue el país de las tres religiones. Los conquistadores musulmanes no impusieron el credo religioso islámico a las comunidades cristianas-indígenas. Los cristianos hispanovisigodos de al-Andalus fueron libres para conservar y profesar su fe. Los musulmanes respetaron la organización y administración eclesiásticas y consintieron la elección de nuevos obispos. Hasta el siglo xi residió en Toledo el metropolitano de los cristianos andaluces, cuya designación, al igual que la de los obispos, dependía de la aprobación de los emires o califas omeyas. Los indígenas fieles al cristianismo, los *mozárabes*, estaban sujetos al pago de los tributos especiales correspondientes a los protegidos del Islam o «gentes del Libro». Fueron especialmente numerosos en los principales núcleos urbanos: Toledo, Córdoba, Sevilla y Mérida, donde formaban comunidades con organización y autoridades propias. A pesar de las conversiones, los mozárabes fueron mayoría en el conjunto de la población de al-Andalus durante el régimen omeya. Quienes así lo decidieron pudieron abrazar el Islam, con lo que automáticamente obtenían el estatuto jurídico personal de los musulmanes. Los neoconvertos recibieron el nombre de *musalima* y sus descendientes fueron los *muladíes*. No existe ningún estudio sistemático del proceso de islamización. De acuerdo con las hipótesis de R. Bulliet, la tasa de conversos al Islam fue bastante lenta hasta el siglo x; la explosión máxima de conversiones coincidiría con el mandato de 'Abd al-Rahman III (912-961), completándose el proceso en torno al año 1100, fecha en la que el número de conversiones habría afectado a un 80 por 100 de la población indígena.

Los judíos eran la tercera comunidad religiosa, relativamente numerosa, de al-Andalus. Siempre se ha creído que los judíos de la Península, establecidos casi todos en las ciudades, apoyaron y colaboraron directamente con los invasores musulmanes debido al duro trato recibido de los visigodos. Hasta mediados del siglo xi, los judíos conservaron el derecho de practicar su culto en libertad, construyendo incluso nuevas sinagogas. Como los mozárabes, estaban obligados al pago de tributos especiales y a vestir de manera diferente que los musulmanes. Residían en barrios propios, e incluso algunas ciudades, como Lucena o Granada, estuvieron casi por entero pobladas por judíos. Al parecer los conversos al islam fueron una pequeña minoría.

Semejante diversidad étnico-religiosa generó una dinámica permanente de tensiones manifestada desde los primeros momentos de la historia de al-Andalus: antagonismos y enfrentamientos entre yemeníes y qaysíes, entre árabes y beréberes, entre cristianos y judíos. Durante más de un decenio, desde comienzos de los 40 del siglo viii, se produjeron violentos enfrentamientos entre los primeros invasores, árabes que llegaron con Musà o baladíes apoyados por los beréberes, y los *shamium* o sirios, recién llegados. Los beréberes, a su vez, se revelaron contra los árabes en el 741. Yemeníes y qaysíes volvieron a enfrentarse cruentamente en torno a Almería y Murcia entre 822 y 828. Particularmente duros fueron los conflictos entre los beréberes y los muladíes y mozárabes de Tarragona en 794. Toledo, Mérida y Zaragoza se re-

belaron en repetidas ocasiones durante los siglos VIII y IX contra los omeyas de Córdoba para conseguir la independencia.

LOS PRIMEROS RESISTENTES AL PODER ISLÁMICO

En los años inmediatamente posteriores a la instalación de los árabes y beréberes en la Península, en lo más intrincado de las montañas cantábricas, tuvo lugar la articulación de las primeras resistencias armadas al poder sarraceno y la formación del reino de Asturias. Tradicionalmente, tales enfrentamientos protagonizados por astures, cántabros, vascones y algunos hispanogodos huidos del sur, han sido considerados por numerosos historiadores como el inicio de un prolongado proceso, plurisecular y lineal, de lucha religiosa y nacional calificada como *Reconquista* en la que incluso se ha querido ver, así lo hizo por ejemplo C. Sánchez-Albornoz, la «clave de la historia de España». Últimamente, sin embargo, no faltan historiadores que diferencian el primitivo proceso de resistencia de los pueblos del norte peninsular contra la Córdoba musulmana de la ulterior ideologización que, mediante la invención historiográfica de la *Reconquista*, pretendió justificar la lucha contra los musulmanes en virtud de presuntos derechos de los cristianos presentados como los legítimos herederos de los hispanogodos. Comprender la auténtica naturaleza de este fenómeno implica profundizar en el conocimiento de los primeros núcleos de resistencia y en los orígenes de la idea de reconquista como explicación y justificación ideologizadas de las verdaderas relaciones entre hispanocristianos y musulmanes.

A pesar de la facilidad de la conquista musulmana y la generalización de las capitulaciones de los hispanovisigodos, no todas las tierras ni todos los habitantes de la Península cayeron bajo la soberanía musulmana. Aunque en la profunda penetración hacia el norte los árabo-beréberes consiguieron un control provisional de Asturias, ejercido a través de un gobernador en Gijón, no lograron, sin embargo, someter la independencia de cántabros y vascones. En sus comienzos, el núcleo originario de resistencia al Islam tuvo como centro el valle del Sella en los alrededores de Cangas de Onís. De allí se extendió hacia la zona centrooriental de la actual Asturias y el occidente de Santander, los antiguos territorios cántabros de la época romana, designados como *Las Asturias* en las primitivas crónicas cristianas. Como han puesto de manifiesto Barbero y Vigil, el territorio del reino asturiano más antiguo correspondía en lo esencial a la región habitada por los pueblos llamados primero *cántabros* y luego *astures* por las fuentes visigodas. Entre todos los pueblos independientes del norte, ellos eran los más romanizados y cristianizados, al contrario que los vascones, otro de los pueblos independientes que también reaccionaron contra los musulmanes; Cantabria había sido conquistada por los visigodos, y es segura la existencia de una provincia visigoda de Cantabria, aunque probablemente el dominio visigodo sólo supuso la presencia de una administración exterior sin que se produjera una verdadera colonización ni una transformación de la vida y de las estructuras sociales indígenas. Respecto a Vasconia, no parece que los visigodos hayan pretendido conquistar ni someter el territorio vascón, exceptuada una porción mínima en torno a Pamplona. Tanto Sánchez-Albornoz como Barbero y Vigil, al analizar la evolución histórica de cántabros y vascones desde finales del Imperio romano hasta la invasión musulmana, han insistido en que la tradición política y las estructuras económicas y socia-

les de los mismos nada tenían que ver con el reino visigodo. Gentes en su mayoría libres, sin apenas diferencias ni auténtica división de clases, además de resistir con éxito el dominio visigodo, rechazaron la invasión musulmana con idéntico resultado.

No faltan objeciones a la anterior interpretación, según la cual las primeras resistencias hispanocristianas serían una mera continuación de las luchas contra romanos y visigodos, y el reino de Asturias desempeñaría el papel de los cantabroastures y los musulmanes el de los visigodos, en el sentido de que sólo sería válida para los vascones, los cuales, por otra parte, pese a ser los que menos sufrieron los efectos de la romanización, no encabezaron la resistencia al islam. Habría que explicar, además, la aparente facilidad con la que, a decir de García de Cortazar, un grupo de visigodos, enemigos tradicionales de los cantabroastures, se convirtió no sólo en aliado, sino en jefe de la tradicional hostilidad cántabra para hacer frente a los musulmanes instalados al norte del Duero.

No basta con afirmar, como hace Guichard, que los nobles visigodos refugiados en Cantabria y en Asturias supieron utilizar en su beneficio el «espíritu de cuerpo» o el «espíritu de libertad», así como las cualidades guerreras de los cantabroastures, mientras que tal fenómeno no se produciría entre los vascones, los cuales, al contrario que los asturianos con Pelayo, no se dieron un verdadero príncipe hasta comienzos del siglo IX en la persona de Íñigo Íñiguez Arista. En resumen, se conoce bien quiénes iniciaron el fenómeno histórico llamado Reconquista —los indígenas cantabroastures aliados o acaudillados por visigodos— y los resultados inmediatos —el rechazo de los musulmanes y la creación del reino de Asturias—, pero se sigue ignorando casi todo sobre las auténticas razones de tan extraña alianza y, pese a los interesantes estudios de Barbero y Vigil sobre sus orígenes y consolidación, la verdadera naturaleza del primitivo reino astur.

A partir de las informaciones y datos mejor contrastados, los comienzos de la resistencia al poder musulmán en la Península podrían resumirse como sigue. A los pocos años de la invasión islámica, cuando todavía no habían cesado las expediciones musulmanas por la Galia, en la zona llamada Asturias por las primeras crónicas cristianas, cuyo eje lo constituía el valle del Sella, grupos cantabroastures organizaron una rebelión contra los islamitas, continuación de otras luchas efectuadas con anterioridad contra los visigodos. A dicha rebelión, como aliados, se incorporarían posiblemente, bien desde el momento inicial o muy pronto, algunos miembros de la aristocracia goda. Covadonga constituiría el símbolo de la primera victoria significativa de los resistentes y la aparición de una clase goda en trance de afianzamiento en la dirección y al frente de los primeros núcleos indígenas insurrectos en los Picos de Europa, cuya realidad histórica ha sido defendida con ardor por Sánchez-Albornoz.

UN PROYECTO PARA LA «SALVACIÓN DE ESPAÑA»

Coincidiendo con la amplia expansión territorial realizada durante el reinado de Alfonso III (866-910), cuando ya el reino astur estaba muy lejos en extensión, número y diversidad de efectivos humanos, económicos y sociales, de lo que había sido en un principio, cuando las tierras situadas al sur de la Cordillera Cantábrica adquirieron una importancia notable en el conjunto del reino, los ideólogos neogoticistas,